



COSAS MIAS

Por COLL

A veces, qué gente tan estúpida hay que aguantar, cuando nos miramos al espejo.

★

Estoy harto de pasar hambre y miseria. Así que voy a coger una pistola y voy a empuñarla.

★

Me repugna la estúpida vanidad de las personas que dicen poseer sangre azul. Y conste que es tirar piedras sobre mi tejado.

★

Con el dinero se puede conseguir todo, excepto la pobreza.

★

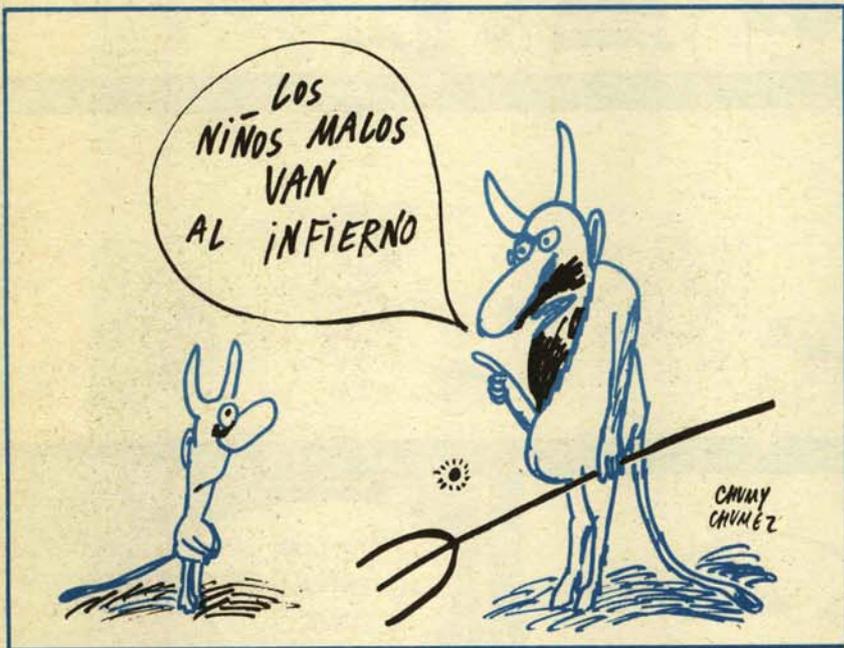
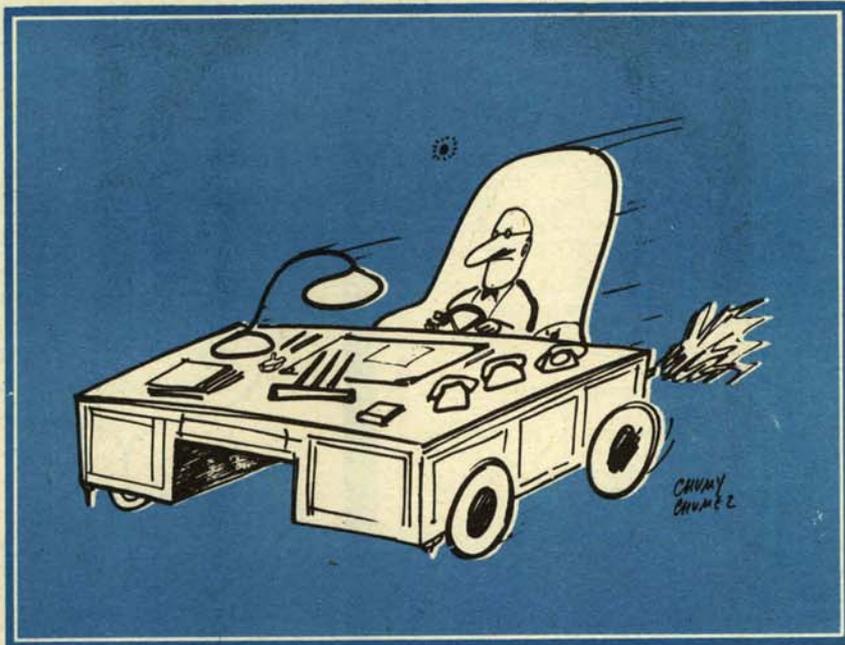
Mis hijos van a un colegio tan puritano que les enseñan que 68 y 1 son 70 menos 1.

★

La vejez es el futuro de parte de los jóvenes, mientras que la juventud es el pretérito de todos los viejos.

★

España descubrió América. Para que escarmiente.



DON AGUSTIN Y LA AMBULANCIA



Don Agustín tenía en el dedo índice de la mano derecha una gotita de sangre que hacía esfuerzos por desprenderse y caer al suelo. La esposa de don Agustín entró en la habitación donde estaba don Agustín. Le miró y se acarcó. Al ver la gota de sangre, la señora de don Agustín sufrió un mareo y cayó al suelo desvanecida. Al ruido subió la criada que cocinaba en el piso de abajo:

—¿Qué ha ocurrido...?

—Me he clavado un alfiler en este dedo.

—¡Jesús, qué horror!

Y la criada de don Agustín cayó al suelo desmayada. Una gotita de sangre siguió a la anterior y cayó sobre la alfombra. Al ruido que hizo la criada al caer al suelo, se acercó la abuela. Miró el dedo de don Agustín y no se desmayó porque su esposo había sido carpintero y casi todos los días se dejaba un dedo entre las virutas. La abuela tomó el teléfono y llamó a una ambulancia.

Unos instantes después, llamaron al timbre de la puerta.

—¿Quién es el herido? —preguntaron los camilleros.

—Yo —dijo don Agustín mostrando el dedo donde otra gota de sangre asomaba vergonzosamente su color rojo.

Los camilleros no esperaron más. Agarraron a don Agustín y lo tumbaron en la camilla. Don Agustín que en realidad no tenía nada de importancia, trató de incorporarse en la camilla.

Uno de los camilleros sacó del bolso del pantalón un martillo y golpeó a don Agustín en la cabeza. Don Agustín cayó en la camilla fulminado. El camillero guardó el martillo después de marcar una muesca en el mango con la navaja. A toda velocidad bajaron las escaleras los camilleros. Metieron a don Agustín en la ambulancia, y la sirena comenzó a lanzar su lastimero gemido. A lo lejos, unos puntitos negros cruzaban la calle. La ambulancia seguía haciendo sonar la sirena. Pasaron sobre los puntitos negros. Al día siguiente, el colegio de huérfanos de Ferroviarios contaba con quince alumnos menos. Un perro cruzaba la calzada. Cuando la ambulancia pasó el perro era una pequeña alfombrita sobre el pavimento de la calle. Una anciana vestida de luto intentó cruzar la calle. La ambulancia pasó con su sirena ruidosa. La anciana quedó colgada en un balcón.

Dentro de la ambulancia, don Agustín había roto con la cabeza la luz del

techo, y en un frenazo había metido la cabeza por el cristal que comunicaba con la cabina del chófer. La ambulancia dio un frenazo brusco. Luego una arrancada igualmente brusca. La puerta trasera se abrió y don Agustín salió disparado. Cuando el chófer se volvió, uno de los camilleros señalaba hacia atrás, al suelo. La ambulancia frenó. Los camilleros se apearon y agarraron a don Agustín que buscaba algo por el suelo.

—Mis dientes. He perdido seis dientes.

—Vamos, vamos, ahora no nos podemos entretener con tonterías.

Metieron a don Agustín en la ambulancia que ya iniciaba su veloz carrera.

Cuando el doctor asistió al herido lo encontró gravísimo, y ni siquiera se dio cuenta de que el dedo índice de la mano derecha tenía una gotita de sangre. Con tantas heridas de importancia, ¿quién se iba a dar cuenta de aquello?

GILA

